

mismo, un manantial indeficiente de dulzura; es la infinita y soberana delicia del Padre y del Hijo. Es el Hijo la perfecta y bellísima imágen de su Padre; ¡podrá no ser el objeto de las tiernas y amorosas complacencias del mismo Padre, Aquel Hijo que le es igual en grandeza y perfeccion? ¡Ó el Hijo podrá no amar con infinita y santísima dulzura, al Divino Padre de quien todo lo tiene recibido? Y vedlos amándose con infinito y abrasado amor, eterno, perfectísimo, y que tiene un mismo sér, la misma vida que el Padre y el Hijo, y que es tambien, amado de uno y otro, con amor infinito y soberano, y que tambien recibe y goza, las delicias y la gloria de la divina y adorable esencia.

Tantas maravillas y grandezas, y tan elevada perfeccion como vislumbramos en el Espíritu Santo, á pesar de las profundas tinieblas que nos envuelven mientras estamos en el mundo, nos inspiran un tierno y gran cariño, hácia esta adorable Persona de la Santísima Trinidad. Y no sin razon, pues la vemos brillar con toda la grandeza, y la majestad, y el poder, y las riquezas, y la gloria del Sér divino. Y vemos asimismo, que Ella es quien nos eleva, y santifica, é ilumina nuestras almas, y las adorna y engalana con sus más preciosos dones; porque el Espíritu Santo es el Consolador, el Don del Dios altísimo, la fuente viva, el fuego, la dulce caridad, la uncion espiritual, la septiforme (1) dádiva, el dedo de la diestra del Divino Padre, el que ilumina nuestros ojos con apacible y bello resplandor,

(1) Nuestros lectores disimulen el empleo de esta palabra siquiera en gracia de su origen y de la precision con que explica nuestro pensamiento.

y enciende nuestros pechos con una dulce llama, y alienta y regocija los cansados miembros. Él es tambien, el que retira al enemigo, y nos da la paz de Dios, y va delante de nosotros por todas las sendas de la vida, haciéndonos huir de todos los peligros. ¡Oh, y cómo no amar al Espíritu Divino con tierno y generoso amor! ¡Ó deseamos tener el corazon para otra cosa? Que arda, pues, en las más vivas y abrasadas llamas del amor de ese Sagrado Espíritu y entónces tendrémolos con nosotros la gracia de Nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios Padre, y la participacion del mismo Espíritu Santo. (1)

CAPÍTULO VI.

§ I.

RELACIONES DE ORÍGEN DE LAS DIVINAS

PERSONAS.

El órden ó referencia de una divina persona á otra ó á otras dos se llama relacion. (2) En Dios existe realmente ese órden de que hablamos, puesto que son realmente distintos el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y no lo son por lo que en Dios es absoluto, como el poder y la sabiduría, que igualmente tienen; sino por lo relativo y propio á cada uno. El Padre en cuanto Padre, no se dice á Sí mismo, sino al Hijo. Así tambien el Hijo en cuanto Hijo, se refiere al Padre; y de la misma manera, el Espíritu Santo se refiere tambien al Padre y al Hijo de quienes procede eternamente. (3)

(1) II. Cor. XIII. 13. (2) Bouvier, hic. (3) Cerboni.

El Padre, según nos enseña el Ángel de la Escuela, no se dice sino en razón de la paternidad, así como el Hijo se dice también, por la filiación; por lo cual, si ésta y la paternidad no existieran realmente en Dios, seguiríase que Dios realmente no era Padre ni Hijo; y por lo mismo en Dios existen las relaciones de origen. (1)

En lo que procede de un principio que tiene la misma naturaleza, es necesario que éste y lo procedente convengan en el mismo orden, y por tanto, que tengan mutuas relaciones; ahora bien, las procesiones en Dios no dividen la naturaleza, que es siempre la misma, y realmente existe en Dios; y por lo mismo, también las relaciones de que hablamos, pues donde hay origen de una persona que viene de otra, es necesario que halla también realmente referencia de la una á la otra; lo cual sucede en Dios.

Las divinas relaciones son cuatro, la paternidad, la filiación, la espiración activa y la pasiva; relaciones verdaderas, reales, sempiternas é inmutables; mas la espiración activa, no se distingue realmente de la paternidad y filiación; ni constituye persona distinta del Padre y del Hijo; habiendo, por lo mismo, en el Sér Divino, solamente tres personas y no cuatro. (2)

El cargo de las divinas relaciones es constituir las personas de la adorable Trinidad, y distinguirlas mutuamente. Y en efecto, si estas personas son realmente distintas entre sí como nadie lo duda, deben serlo por algo que les sea propio, y esto es lo que llamamos propiedad, que constituye á cada persona; pro-

(1) 1. p. q. 18. a. 1. (2) Billuart. et. alii.

iedad que no es una cosa absoluta, sino relativa, y por esto en las sagradas letras la distinción de las personas se expresa con los nombres relativos de Padre, Hijo ó Verbo, y Espíritu Santo. Todas las cosas que son del Padre, el Padre las dió á su Unigénito Hijo, fuera del ser Padre. (1) Por esto vemos que el Padre no se distingue del Hijo por alguna propiedad absoluta, sino por la relativa que no comunica el Hijo.

Cierto es que, en algún modo, podemos decir que las divinas personas se constituyen y distinguen por su origen; pues éste es intrínseco y enteramente propio de cada una; y así vemos que la generación activa corresponde tan sólo al Padre, y le es enteramente propia; así como la pasiva pertenece al Hijo, y la espiración también pasiva, al Espíritu Santo. Sin embargo, nos dice el Ángel de la Escuela, más bien se dice que las divinas personas se distinguen por las relaciones, que por el origen; pues si bien es cierto que se distinguen de uno y otro modo, esto sucede, según nuestro modo de entender, primero y principalmente por las relaciones, [2] pues el origen significa por modo de acto, como la generación, mas la relación por modo de forma, como la paternidad; sin embargo, la relación y el origen, si bien se distinguen en la inteligencia, no se diferencian realmente una de otro; y hé aquí por qué nos ha dicho el gran Doctor que acabamos de citar, que las personas divinas se distinguen por relación y por el origen. [3]

El cargo de las divinas relaciones nos descubre su

(1) Concil. Florent. (2) 1. p. q. 40. a. 2. (3) Bessarion. in. Concil. Florent.

especial perfeccion y grandeza, y su igualdad absoluta.

Constituir las divinas personas, distingirlas entre sí mismas, sin duda alguna es perfectísimo y singularmente lleno de grandeza y hermosura; ¿no veis cómo brillan mutuamente esas adorables relaciones, con tan ardiente y vivo resplandor que deslumbran los ojos de todos los mortales? Mas ¡qué decimos! Los mismos ángeles, los más elevados serafines, cubren el rostro con sus blancas alas, penetrados de grandísimo respeto, y hundiéndose en su propia nada, veneran aquella majestad y grandeza inefables del Padre, y la hermosura de su Verbo, y la ardiente y pura llama del Amor eterno que los une; y que procede de uno y otro.

Las divinas personas son perfectísimas y dignas de toda bendicion, y de las más tiernas alabanzas de las criaturas; ¿cómo, pues, las relaciones por las que se constituyen y distinguen, no arrebatarían nuestras miradas, haciendo prorrumpir al alma, en bellísimos cánticos de amor? ¿sería sin ellas, perfecta la Deidad, ó hallaríamos en ésta, la hermosa plenitud que nos descubren las personas, y sus arrobadoras y santas relaciones? ¿dónde tendríamos el gran misterio de la divina y adorable Trinidad que se constituye por las relaciones, que pertenece á la suprema perfeccion de Dios, que se levanta sin medida sobre todas las criaturas? (1) Por esto el Ángel de la Escuela nos dice que en la divina sustancia se encuentran las relaciones, porque ella es sobre todo género, y comprende en sí las perfecciones de todos los géneros. (2) Y añade que

(1) Gotti. (2) q. 8. de Pot. a. 2. ad. 1.

pertenece á la perfeccion de la divinidad, que halla en ella, una persona de quien venga otra, y la primera de ninguno; y aún otra de las dos primeras; pues no sería enteramente perfecta sino hubiese procesion del Verbo y del Amor. (1) El Padre no sería perfecto sino tuviera Hijo, pues Padre no sería sin Éste; ni Dios sería perfecto sino tuviese Verbo. (2)

Si despues de la perfeccion de las divinas relaciones, contemplamos su encantadora y celestial belleza, nos parece descubrir aquellos cristalinos y purísimos raudales de la fuente de vida inagotable que está en Dios; aquella cándida y hermosa luz, en la que se contempla la verdad. (3) Nada hay más bello que la luz del cielo; los purísimos raudales de esa fuente de la eterna vida, que sin cesar están corriendo del fecundo manantial de toda vida, y virtud, y belleza, y esplendor, y admirable poder, son para el hombre un misterio de adoracion y de divino encanto. Al contemplarlos caemos rendidos, y humildes adoramos la unidad en la divina esencia, y en la majestad suprema, la igualdad, y la propiedad en fin, en las santas y adorables personas de la Trinidad.

Esas personas son tan subsistentes, que la una no es la otra, y se distinguen con absoluta y acabada perfeccion; y sin embargo, tan unidas viven que ni aún esta palabra que hemos dicho, expresa exactamente, su divina y eterna concordia, su perfecta y completa armo-

(1) Id. q. 9. a. 5. ad. 3. (2) Op. 1. cont. error. Graec. c. 7. No seguimos en este punto la opinion del respetable Billuart, sino que pasando más allá del sentir de Charmes y Cerboni, adoptamos la de Gotti y otros teólogos de la Escuela de Santo Tomás. (3) Ps. XXXV. 10.

nia, pues tienen una misma vida, y una misma y sola esencia. ¡Oh admirable y santa belleza de las divinas relaciones! ¡No proceder de nadie el Divino Padre, y contemplar eternamente en su paternidad sagrada, al Hijo de su seno; y este Hijo referirse al Padre, y uno y otro juntamente, ver al Divino Espíritu; y éste Espíritu Divino, referirse á los dos eternamente con indisoluble y tierno amor! Maravillas son estas que al alma encantan, y la llevan fuera de sí misma, que le piden suspiros, lágrimas, sollozos, y la encienden en vivas llamas de la más abrasada y dulce caridad.

Áca en el mundo es la verdadera amistad un tesoro de riquísima valía, inagotable manantial de júbilo y consuelo; ¡qué alegrías tan puras, qué inefables y sagrados gozos proporciona al corazón del hombre! Y sin embargo, la amistad más pura y santa, tiene siempre sus defectos, momentos de grandeza y entusiasmo, y tal vez, largas horas de triste desaliento y de cansancio; y con todo, ella es un tesoro de riqueza, una fuente de alegría, que si no consuman la dicha de nuestra alma, es porque nada hay perfecto ni acabado aquí en la tierra; ni las más duraderas relaciones son eternas, pues la muerte rompe los más sagrados lazos; y si bien es cierto que después de la muerte nos amamos, cierto también es, que no vivimos bajo el mismo techo, ni disfrutamos de la misma vida; y por lo mismo, no tenemos ya, los atractivos y el amable encanto, las hermosas y santas relaciones que teníamos en la vida.

Ahora levantemos los ojos al Señor: ¿podremos dar el nombre de amistad á las divinas relaciones? [1] Si así lo hacemos es indispensable añadir, que esa amis-

(1) Á éste modo decía S. Agustín hablando del Espíritu Santo: Si amicitia convenienter dici potest, dicatur; sed aptius dicitur charitas. De Trinit. L. VI. c. 5.

tad es eterna, indisoluble, serena, inperturbable y perfectísima; que subsiste en la unidad de un mismo sér, sin que haya habido un solo instante, sin la unidad divina de que hablamos; y sin embargo, conserva eternamente, las divinas subsistencias de las personas; amistad que es el amor consumado y perfecto que todo lo ilumina y hermosea.

Otra riquísima fuente de belleza en las divinas relaciones, es la igualdad absoluta de las personas; en ellas es perfectísima y simplísima la unidad de la divina esencia; y la perfección de las relaciones no se distingue de la esencia de Dios; de lo cual resulta que, aunque las relaciones sean distintas, sin embargo, no puede decirse que una persona es más perfecta que las otras dos, porque, nos dice el Angélico Doctor, la igualdad y la semejanza se considera según lo esencial, ni puede haber desigualdad alguna, según la distinción de las relaciones..... por lo que, la paternidad es dignidad del Padre, así como también, su esencia. La dignidad es absoluta y pertenece á la esencia; y ésta, que en el Padre es paternidad, es en el Hijo filiación. Por esto decimos rectamente que la dignidad del Padre está en el Hijo. Ni de aquí se sigue que el Hijo tenga la paternidad, pues si bien es cierto que ámbos tienen la misma esencia y la misma dignidad; sin embargo, está en el Padre según la relación de quien la da, y en el Hijo, según la relación de quien recibe. (1)

En las divinas personas no tenemos que considerar sino la esencia en que comunican, y las relaciones que

(1) 1. p. q. 42. a. 4. ad. 2. Cerboni.